

SERGIO DEL MOLINO

ILUSTRACIONES DE ANA BUSTELO

ATLAS
SENTIMENTAL
DE LA
ESPAÑA
VACÍA



geoPlaneta



geoPlaneta 

ATLAS
SENTIMENTAL
DE LA
ESPAÑA
VACÍA

SERGIO DEL MOLINO

ILUSTRACIONES DE ANA BUSTELO

SUMARIO

PRÓLOGO	6
LUGO • OLIVER LAXE Y EL FUEGO	10
ORENSE • VICENTE RISCO, EL ESPIRITISTA	14
ASTURIAS • METAFÍSICA FERROVIARIA	19
CANTABRIA • LOS RÍOS NO NACEN NUNCA	24
ÁLAVA • LA INVENCIÓN DE LA HISTORIA	28
NAVARRA • ORBAICETA: GUERRA DENTRO DE LA GUERRA	32
LA RIOJA • ORGULLO DE ESCUELAS	35
PONFERRADA • LA CIUDAD DEL DÓLAR	39
PALENCIA • GUARDO, LA DETROIT DEL CARRIÓN	44
BURGOS • LA VOZ DEL CHAMÁN EN POZA DE LA SAL	49
ZAMORA • EL SILENCIO DE LAS ARRIBES	53
VALLADOLID • LOS VIGÍAS DEL CIELO	58
SALAMANCA • EL CEMENTERIO DE ARTE DE MORILLE	60
ÁVILA • LA CUNA DE LA DEMOCRACIA	64
SEGOVIA • PEDRAZA POTEMKIN	68
SORIA • EL TELÉFONO DE BAQUELITA DE ALMAZÁN	72



HUESCA • EL BANDIDO QUE NUNCA SE ARREPINTIÓ	77
ZARAGOZA • ESPECIES INVASORAS	82
TERUEL • LA COSTA TROPICAL DE LOS DINOSAURIOS	87
LÉRIDA • VIAJE AL MERENGUE	92
CASTELLÓN • EL PIRATA DEL MAESTRAZGO	98
VALENCIA • LA VALENCIA SIN VALENCIA	103
GUADALAJARA • LAS GENTES DEL CAMINO	106
TOLEDO • EL VIÑEDO DE EUROPA	111
CUENCA • HÉROES O NIÑOS ASUSTADOS	115
CIUDAD REAL • CERVANTES CONTRA QUEVEDO	120
ALBACETE • LA 'KAABA' MANCHEGA DEL ROCK	124
CÁCERES • DE LA FELICIDAD NO SE VIVE	129
BADAJOS • LO QUE QUEDA DEL IMPERIO	133
HUELVA • EL CASO HINOJALES	137
CÓRDOBA • CUANDO LOS ILUSTRADOS INTENTARON REPOBLAR LA ESPAÑA VACÍA	142
JAÉN • EL THOREAU DEL SEGURA	146



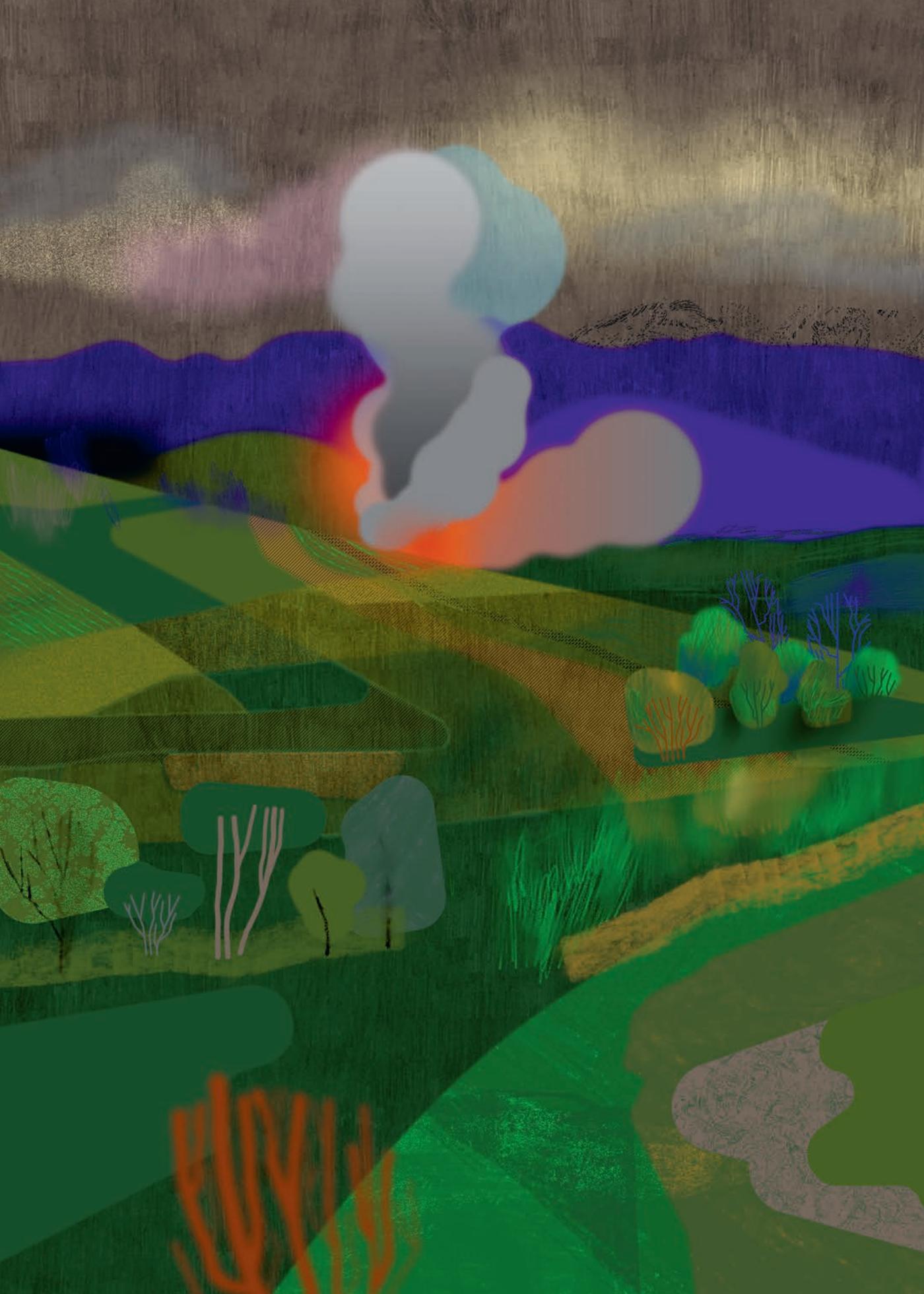
LUGO

OLIVER LAXE Y EL FUEGO

POCOS LUGARES DEMUESTRAN con tanta ferocidad que los éxodos rurales no son estampas del pasado, sino la espuma de los días, como la comarca de Os Ancares o de Los Ancares, según los mires desde el lado gallego o desde el lado leonés. La parte que está en Lugo es pequeña, 900 kilómetros cuadrados (la ciudad de Madrid ocupa 600), casi todos de bosque y valles profundos atravesados por cursos de agua estrechos y bravos. Unas diez mil personas se camuflan entre la espesura. Apenas hay pueblos que puedan ser tomados por tales. En la confluencia de dos regatos o en lo alto de un cerro asoma de pronto una iglesia pequeña con un campanario modesto cuya cruz se eleva un par de metros sobre las copas de los árboles. Lo suficiente para guiar a los viajeros hasta ella. En torno al templo, un puente, un puñado escaso de casas, alguna de las cuales sirve de

consistorio, y poco más. Los ancareños se reparten por casas pobres a las que se llega por carreteriñas y pistas. Varias casas forman una parroquia, y varias parroquias, un concello. En el de Cervantes, que ha hecho soñar a algunos cervantistas con la idea de que el autor del *Quijote* hablara gallego, viven hoy 1300 vecinos diseminados por una extensión parecida a la del distrito de Fuen-carral-El Pardo de Madrid (donde viven 250 000 personas). Hace sólo veinte años, en el 2000, eran 2300. Pocos lugares del mundo han perdido el 43,5% de población en tan poco tiempo. A este ritmo, en el 2040 no quedará nadie.

El abandono se hizo fuego en los años 2016 y 2017, cuando sendos incendios se cebaron con unos montes tan tupidos y secos como descuidados. Sin pastoreo, sin vacas, sin cultivos, en definitiva, sin nadie que se pasee por aquellos andurriales y los vigile un



poco, el fuego no encuentra límites y se vuelve intratable. Lo contó un vecino del concello de Cervantes, un tipo alto, guapo y encantador que parece salido de una página impar de *El Corto Maltés*. Como los corresponsales de guerra, incrustó su equipo de rodaje en un retén contra incendios y filmó la atracción y el espanto de las llamas en una película memorable titulada *O que arde*.

Oliver Laxe habla bajito un español con música francesa y acento gallego. Nació en París en 1982, hijo de emigrantes de los Ancares. Él salió nómada. Se fue con un petate a Marruecos, por donde anduvo viviendo unos años en pueblos y montañas, y de ahí salió su primera película, *Todos vosotros sois capitanes*, un metarrelato sobre el rodaje de un documental con niños de un centro social de Tánger. Ganó un premio en Cannes y eso le abrió las puertas de su Francia natal, que lo tiene por un cineasta francés, como seguramente sea, porque sólo los cineastas de estirpe francesa entienden el cine como lo entiende él.

O que arde fue algo más que un camino de vuelta a las raíces, asunto que importa poco o nada a un desarraigado. Cuando lo conocí, no tenía casa, como el filósofo Estilpón de Mégara, a quien el terrible Demetrio Poliorcetes preguntó qué había perdido tras arrasar su ciudad: «Nada, porque todo lo

llevo en mí». Dormía en hoteles y un poco donde caía, sin posesiones, sin biblioteca, sin sofá. Estaba preocupado por su huella de carbono y procuraba no impartir lecciones de ecologismo, pues sabía lo hipócritas que podían sonar en boca de alguien que acumulaba tantos miles de millas en sus tarjetas de las compañías aéreas. El instinto y los prejuicios me pusieron en guardia: ¿era Oliver Laxe uno de tantos místicos a la violeta? Cuando hablaba de hacerse tierra y despojarse de todo, incluso de la propia personalidad, sonaba a cháchara *new age*. Pero si escuchabas con atención, sus frases casi susurrantes se acomodaban en el tímpano con la claridad que sólo tienen las verdades.

El campo de *O que arde* es áspero, sin égloga. El paisaje se presenta a sí mismo sin querer impresionar. Benedicta, la campesina, es una mujer de pedernal y silencio que vive como crecen los grelos de su huerto. Cada escena tiene la textura de lo etnográfico, sin poesía ni énfasis, pero también sin condescendencia ni exotismo.

Oliver Laxe, el nómada que no tiene cosas, se ha domiciliado en Vilela, concello de Cervantes, comarca de Os Ancares, provincia de Lugo. Eso, en términos administrativos. En términos reales, se ha domiciliado en la tierra misma, como los árboles.

Si la suerte le sonríe, algún día gastará unas cuantas millas de las que tiene acumuladas en la tarjeta y volará a Los Ángeles: *O que arde* fue preseleccionada para representar a España en los Óscar, y aunque esta vez no sucedió, cabe la posibilidad de que otra de sus películas encandile a los académicos de Hollywood y le toque comprarse un *smoking* y perderse unos días en la feria de las vanidades. Se pondrá entonces la máscara de sonreír e interpretará ese papel de genio encantador y guapo susurrante que tan bien luce en la portada de las revistas. Si nada sucede, se quedará en Vilela, nunca solo, siempre acompañado por amigos del lugar y por amigos lejanos que le visitan y que transforman la casa en un centro de cultura y de experiencias.

Despojarse del ego. No ser nada. Como Benedicta, como casi todos sus personajes, que buscan un acuerdo de convivencia con un cielo de plomo y un verdor que ciega. Oliver no somete sus ideas a debate ni le interesa la opinión ajena. Lo recuerdo en Soria, donde el cine muni-

cipal programó un pase de *O que arde* con un coloquio posterior que dirigí yo. Nos presentamos al público y dijimos unas palabras previas. Cuando se apagaron las luces, le pregunté si nos sentábamos a verla. Con cara de no-quiero-volver-a-ver-algo-que-conozco-de-memoria-fotograma-a-fotograma, me respondió que nos largáramos y picásemos algo a modo de cena. Ya volveríamos al final para el debate.

Me sentí grosero comiendo un torrezno a su lado. Oliver, a nadie debería sorprenderle, es vegetariano. Salvada la vergüenza que da morder un trozo de cerdo crujiente junto a quien considera ese mordisco una forma de barbarie, su mirada se me reveló clara: Oliver Laxe vivía en otro plano. Estaba tan seguro y cómodo en su universo, que no necesitaba arrastrar a nadie hacia él. Era un Zoroastro sin grey, un predicador de monólogo interior. Por eso, podéis ir a visitarle a los Ancares, pero debéis ir con las manos vacías y volver con ellas en los bolsillos. ¶